

**Patricia Londoño Vega, *Religion, Culture and Society in Colombia: Medellin and Antioquia, 1850-1930*, Clarendon Press, Oxford, Inglaterra, 2002, 402 p.**

La República de curas.

La invaluable contribución que han hecho los estudios regionales y locales a la historiografía colombiana y latinoamericana durante las tres últimas décadas no necesita ser subrayada. Esta obra de Patricia Londoño Vega es una ilustración de lo mejor en estudios regionales: sensibilidad profunda a los valores y estructuras locales y regionales; aguda conciencia del impacto acumulativo de las secuencias de modestos cambios y retrocesos; clara apreciación de la cercanía entre cooperación y antagonismo dentro de las frecuentemente inseguras clases altas y medias; y un análisis sutil y matizado, que rompe con antiguas descripciones laudatorias de la vida y costumbres regionales, que tanto hicieron para moldear una ideología de la conciencia y afirmación regional, pero que fueron abrumadoramente estáticas y conformistas.

Londoño Vega discute la evolución de las comunidades religiosas, las sociedades filantrópicas, la religiosidad pública y privada, y pone especial énfasis en la caridad, la educación primaria y las actividades culturales, que iban desde los clubes de artistas hasta las bibliotecas y bandas musicales departamentales. Subraya la autora la contribución de estas organizaciones a la restauración de la convivencia en esta región, tras las guerras civiles que Luis Javier Ortiz Mesa ha analizado tan detalladamente. Un punto fuerte de ese estudio es su interpretación del papel de las densas redes de asociaciones voluntarias y cívicas en la promoción de nociones de “conducta civilizada” y de progreso cultural y material. Tales análisis se basan en el uso exhaustivo de archivos regionales y publicaciones oficiales, una amplia gama de diarios, autobiografías y relatos de viajes, así como anuarios de estadísticas regiona-

les y nacionales. Con todo, lo más impresionante es el número de estudios regionales y municipales escritos por historiadores antioqueños bajo la forma de tesis de maestría y ensayos inéditos, de los cuales se nutre Patricia Londoño. Todo esto da cuenta de la profesionalización de la disciplina histórica en Medellín durante el último cuarto de siglo y su popularización por los maestros de secundaria, muchos de los cuales asisten ocasionalmente a los congresos de historia. En todos estos desarrollos la autora ha jugado un papel importante.

La nueva obra pone de presente cuánto se ha avanzado desde las obras pioneras de la historiografía moderna, tales como las de Luis Ospina Vásquez y James J. Parsons hace medio siglo, hasta los escritos de la nueva generación de historiadores, como Roger Brew, Álvaro López Toro y L.H. Fajardo. El trabajo de investigadores tales como Alberto Mayor Mora, Santiago Montenegro y Fernando Botero Herrera garantiza un flujo constante de creación histórica. De hecho, el avance de la historiografía antioqueña -económica, social, política, intelectual y cultural- es tan veloz que algunos capítulos de la admirable *Historia de Antioquia* (1988) y la *Historia de Medellín* (1996), editadas por Jorge Orlando Melo, ya están casi superados.

En Antioquia -la república de curas- la Iglesia católica cumplió un papel vital. Antioquia respondió con entusiasmo a la decisión nacional de consagrar la república de Colombia al Sagrado

Corazón de Jesús en 1902, y a su re-consagración 50 años más tarde. (El tema ha recibido escasa atención en el más secular ambiente del 2002). Muy activa en la promoción de las misiones en zonas de colonización durante el periodo colonial, la Iglesia católica tuvo una marcada orientación urbana en la mayor parte de América Latina hacia 1900. Una de las raras, si no única pre-tensión de Antioquia fue la de no haberse caracterizado, a diferencia de México y Perú, por un viejo y consolidado catolicismo conservador (p. 298), sino por un catolicismo conservador recientemente consolidado que floreció en medio de las memorias asiduamente acariciadas de la persecución liberal de mediados del siglo XIX. Entre 1900 y 1910 la Iglesia católica en la Colombia occidental disfrutó de una poderosa presencia en los pueblos de la frontera cafetera, lo que contrastaba fuertemente con su cuasi ausencia en amplias comarcas de las fronteras ganaderas de Argentina, México y las nuevas zonas azucareras del oriente de Cuba. Fuerzas externas, especialmente el Vaticano, contribuyeron mucho a la autoestima del clero antioqueño. Los papas Pío IX y León XIII, decididos a restablecer el celibato sacerdotal, el uso de vestimentas y otros aspectos de la disciplina eclesiástica, lanzaron nuevas instituciones educativas, especialmente en Roma, para formar una obediente élite de clérigos latinoamericanos, muchos de los cuales llegarían a ser obispos. La historiografía de la religión ha prestado insuficiente atención al tema de hasta qué punto los procesos

de “romanización” fueron impuestos por la Santa Sede, y hasta qué punto fueron gestados en Latinoamérica y luego generalizados por el Vaticano a lo largo del continente. Probablemente este interrogante permanecerá irresoluble en cuanto el Vaticano siga guardando tan sigilosamente sus archivos. En el caso de Antioquia parece probable que las tendencias internas hayan sido catalizadas por las influencias externas.

El sello distintivo de Antioquia es claro: la Iglesia católica gozó de un cuasi monopolio ideológico en la primera década del siglo veinte, diferenciándose en ello sustancialmente de su condición en el resto del continente. En Río de Janeiro y Recife las pretensiones universalistas del catolicismo fueron confrontadas por las aspiraciones cosmopolitas de un positivismo y un racionalismo muy arraigados; en Cuba un clero no reformado fue notable por su débil calificación, escaso número y falta de compromiso; en Ecuador, el otrora bastión de la Iglesia católica, fue confrontado el agresivo secularismo y anticlericalismo de El Anticristo, Presidente Eloy Alfaro; y en partes de México, el presidente Porfirio Díaz consintió el relanzamiento de la Iglesia católica por un grupo de líderes social cristianos que quisieron revertir las derrotas infringidas por los liberales radicales de previas generaciones. (Debe agregarse que los historiadores de la religión, dentro de los cuales me incluyo, han sido reacios a ciertos términos muy usados. ¿Tienen los términos

“ultramontana” y “romanización” el mismo sentido y significado temporal y espacialmente?).

El libro contiene dos debilidades, la primera de las cuales podría ser remediada en la edición castellana, que espero aparezca pronto. El texto contiene demasiadas listas, que hacen pesada la lectura: catálogos de cofradías y congregaciones (pp. 98-99), de miembros de sociedades católicas (pp. 110-111), y listas de personas que hicieron parte del “orgullo antioqueño” (p. 113, n. 59). Un glosario de mini-biografías hubiera podido sintetizar los logros de figuras esenciales, tales como Carlos E. Restrepo, Tulio Ospina y Pedro Nel Ospina, especialmente para lectores no antioqueños; los demás hubieran podido omitirse en el texto. Las listas de congregaciones hubieran podido incluir explicaciones del por qué determinados individuos o grupos adhirieron a una u otra. El segundo problema es frecuente en los estudios regionales. La región se presenta como excesivamente autocontenida, especialmente entre los años 1910 y 1920, cuando la acelerada integración a los mercados nacionales fue complementada por una participación fuerte en la política nacional. ¿Hasta qué punto la inversión antioqueña en Bogotá y otras regiones, arrastró a tales élites renuentes hacia las corrientes centrales de la vida nacional? El mismo interrogante vale con respecto a la participación de los antioqueños en las asociaciones nacionales de productores, de comerciantes y de profesionales. ¿Cuál fue el papel

de los migrantes que retornaban de otros departamentos al sur de Antioquia?

Londoño Vega reflexiona sobre el significado del periodo estudiado en este libro para las siguientes décadas, especialmente los años de crisis endémicas asociadas a la violencia sociopolítica a partir de 1980. Ineludiblemente estas reflexiones son menos convincentes que el eje del libro, dado que contienen poca nueva investigación y presuponen un análisis en profundidad de las décadas precedentes. La autora hace uso fructífero del concepto de “capital social” para explicar los relativamente altos niveles de cohesión antes de 1930, pero no recurre al concepto gemelo de “exclusión social” para explicar los problemas de la inequidad y protesta, que se hicieron más y más evidentes a partir de la Primera Guerra Mundial, o para examinar el tratamiento asignado a los grupos que desafiaron las normas culturales establecidas por las élites regionales: vagos, alcohólicos, madres solteras, hijos ilegítimos. ¿Hasta qué punto fueron estos grupos víctimas de la discriminación sistemática, excluidos de los nexos y beneficios de las asociaciones voluntarias? Tal como lo describe Londoño Vega, algunos miembros de la élite antioqueña tenían una propensión complaciente a proscribir actividades que definían como mala conducta: el jazz, algunos bailes, paseos en los que se mezclaban los sexos, el protestantismo. Por supuesto que una simple condena por el Arzobispo de Medellín pudo matar una publicación

literaria en 1912. Algo más podría decirse sobre las opciones disponibles para los grupos disidentes: migraciones a sitios donde las presiones al conformismo eran menos poderosas; tácticas de resistencia pasiva, por ejemplo ausencia de los ritos católicos; y activismo en los sectores fabriles y de ferrovías. ¿Hasta qué punto eran las aparentemente voluntarias asociaciones involuntarias en la práctica, en especial los sindicatos patronales?

La autora se inspira en los escritos de Robert D. Putnam, especialmente su énfasis en las tradiciones de asociación y compromiso cívico en la Italia septentrional y central de fines del siglo veinte. Pero pasa por alto un aspecto esencial: tal espíritu cívico y cohesión estaban estrechamente asociados al poder de los comunistas y los democristianos en el gobierno municipal, y eran fortalecidos por una tendencia hacia el acceso universal a la salud, educación y seguro social. En Antioquia era impensable que las élites regionales coexistieran, así fuera incómodamente, con el comunismo municipal. El clero de la derecha radical incitado por la victoria del General Francisco Franco en la Guerra Civil Española (1936-1939) podía ser perdonado por la élite antioqueña cuando usaba un lenguaje que frecuentemente era más beligerante que su acción, pero no el Partido Comunista. Igualmente, la esfera de acción para la Democracia Cristiana fue limitada por los líderes de la derecha católica, quienes detectaron el aura de la herejía en la Democracia Cristiana

Chilena y la anatematizaron por traicionar la “civilización católica”, facilitando el ascenso del marxismo al poder. La universalización de la oferta de política social no iba a suceder en Antioquia mientras los líderes regionales obtuvieran dividendos políticos del control del acceso al suministro de bienes y servicios.

La autora sugiere una nueva agenda para los historiadores que se ocupan de la Antioquia de 1930 a 1950. El interrogante planteado por su libro para los años de la Depresión Mundial es hasta qué punto la crisis económica socavaba la financiación de las actividades filantrópicas y del trabajo de las asociaciones voluntarias, evidenciando los límites de su eficacia y creando una demanda por otras formas de iniciativa social. A lo largo de América Latina, el desempleo y una crisis de dinero y confianza en el sector voluntario generaron el clamor por más intervención estatal. El suministro de educación y salud pública se expandió, y -como Beatriz Castro Carvajal lo ha subrayado para Colombia- se aceleró una lenta transición de la asistencia pública hacia la seguridad social. En varios países del continente los indicadores de la asistencia a la escuela y la salud pública mejoraron significativamente durante los últimos años de la década del treinta. Con todo, en Antioquia los intereses regionales plantearon una considerable resistencia a la intervención estatal, especialmente cuando estaba controlada desde fuera del departamento. Surgen interrogantes sobre has-

ta qué punto la cohesión social que Londoño Vega identifica para las primeras décadas del siglo veinte fue perturbada por el fracaso del gobierno regional y los cuerpos filantrópicos para extender los servicios sociales a nuevos grupos. Además, ¿en qué medida hubo una nueva intensidad del conflicto por el poder y el empleo público entre los liberales y los conservadores, responsable de la inestabilidad y discontinuidad de acción que obstruyó una eficaz política social? Es probable que las clases altas y medias, cuyas actitudes se habían formado en la sociedad íntima, cara a cara, de 1900 a 1910, no fueran capaces de suministrar la calidad de liderazgo que respondiera a las necesidades de una sociedad de masas incipiente en los años treinta. Es probable también que una reacción contra la sociedad de masas (salvo los actos de religiosidad de masas, controlados en todos sus detalles por las autoridades eclesiásticas, como el Segundo Congreso Eucarístico Nacional, realizado en Medellín en 1935) obstruyera la adaptación de las élites regionales a las nuevas circunstancias. Igualmente, parece verosímil que la apropiación del lenguaje claramente inclusivo de la “justicia social” por los sindicatos y empresarios católicos a fines de los años cuarenta haya fomentado patrones de exclusión de los trabajadores por fuera de la UTC y otros sindicatos católicos. ¿Fueron los temas del bienestar social sacrificados rutinariamente a las prioridades del orden y del crecimiento? La violencia -más evidente en la Antioquia de mediados de los treinta de lo que a

menudo se acepta- adquirió aún más graves dimensiones a finales de los cuarenta, que tan provechosamente ha explorado Mary Roldán. ¿Hasta qué punto la rigidez de las élites regionales, que tuvieron sus raíces en los años estudiados por Londoño Vega, fue responsable de la nueva propensión a la explosión social?

Al reaccionar contra la crudeza de la mayor parte de los análisis marxistas de clases de los años sesenta y setenta, algunos historiadores antioqueños han llegado casi a rechazar totalmente el debate en términos de clases. Para entender la emergente sociedad de masas de los cuarenta y cincuenta, alguna discusión de la clase social resulta esencial. Una aproximación no marxista de la clase social -social democrática o democristiana- puede interpretar clase social como una fuerza fundamental en la formación del cambio sociopolítico, sin que sea siempre la más importante, o lo que es más, el motor de la historia. Así mismo hay que plantear temáticas de raza, de manera directa. Durante las primeras décadas del siglo XX la élite antioqueña desarrolló una poderosa ideología de la raza antioqueña, formada por blancos y por otros aceptados como tales en virtud de sus niveles de ingreso, educación y

propiedad. ¿Qué papel jugó este mito en el mantenimiento y perpetuación de los patrones de discriminación y subordinación que fomentaron el resentimiento y la resistencia? Dos buenos puntos de partida son los trabajos de Jaime Arocha y Peter Wade.

Con toda propiedad este libro incorpora la persistencia de los positivos rasgos de la Antioquia de comienzos del siglo XX. Los vínculos de sociabilidad profesional que vincula a historiadores, archivistas y bibliotecarios de diversas instituciones -a menudo reforzados por un elemento de solidaridad de género que se extiende a los Estados Unidos (Catalina Reyes, Ann Twinam, Pamela Murray, Ann Farnsworth, Mary Roldán, Luz Gabriela Arango y otras)- ha contribuido mucho a la profesionalización de la historia en la región. Lo mismo puede decirse de la colaboración entre los sectores público y privado en la construcción y sistematización de archivos y bibliotecas. El libro constituye un logro sustancial. Cumple dos valiosas funciones, al combinar un rico análisis del periodo (1860-1930) y una incipiente agenda para el estudio de los siguientes cincuenta años. Esto último debería hacerse más explícito.

**Christopher Abel**

University College, Londres